

EMMA Y TERESA

Héctor Abad Faciolince

Uno puede escribir todo lo que quiera, todo se puede escribir, pero no todo se puede publicar. Ustedes habrán visto en algunas exposiciones que los artistas hacen algo para el momento, digamos una pintura en un muro que durará lo que dure la muestra. ¿No será posible hacer también, en literatura, algo que dure sólo un instante, que jamás se publique, que sea solamente para un instante? Este es el intento que yo hice anoche. Algo que hace mucho tiempo yo sentía que tenía el deber de escribir y algo también que sé que tengo el deber de no publicar. Les voy a leer, entonces, algo que nunca publicaré y les pido que lo que les cuente no salga de estas cuatro paredes. Porque les pido esto, se hará evidente si me oyen. Es algo que escribí sobre un par de personas que son fundamentales para mí.



Las muchachas del servicio de mi casa (que ya no están tan muchachas) tienen nombres hermosos y literarios: Emma, como Emma Bovary, y Teresa como la Teresa del famoso soneto de Eduardo Carranza que dice, “Teresa en cuya frente el cielo empieza...”. Ellas no van a leer esto que escribo sobre ellas en esta silenciosa madrugada de insomnio, después de muchos más tequilas de los necesarios. Teresa, además, jamás podría leer esto, porque Teresa no sabe leer; y Emma tampoco podría leerlo y ni siquiera oírlo, porque Emma nunca ha salido de Colombia y jamás vendrá a México, menos en este momento, en este momento que será el único momento en que yo daré a conocer cosas que son sólo de ellas y que yo, en realidad, no tengo el derecho de contar.

La angustia, la mala conciencia, el correspondiente insomnio con el que la mente me despierta y castiga, deriva de una causa muy simple: hace un par de semanas nos mudamos de casa y Teresa estuvo ayudándome durante varios días a meter en cajas los miles y miles de libros de la biblioteca, y después, en la nueva casa, a sacar de las cajas esos mismos miles y miles de libros para acomodarlos en las nuevas estanterías. Ella, Teresa, trabaja con nosotros (primero con mis padres, ahora conmigo) desde hace treinta y tres años, es decir, exactamente, desde los días en que yo empezaba a ir al kínder a aprender a leer. Mi hijo, en este momento, también está empezando a aprender a leer. A veces él y yo nos sentamos en el escritorio (tal como nos

sentábamos, hace más de treinta años, mi papá y yo ante el mismo escritorio) y él va deletreando con esfuerzo las palabras de un libro infantil. *La ca-mi-sa de Ped-ro es a-ma-ri-lla*. Cuando termina de descifrar una línea se siente contento y orgulloso. Me mira sonriente, seguro de que yo voy a celebrar su triunfo, y yo se lo celebro con un beso. Teresa pasa por detrás de nosotros, silenciosa como una sombra, laboriosa y casi imperceptible, como una hormiga, y tal vez ni siquiera piensa que la historia se repite, treinta y tres años después: que otro niño aprende a leer mientras ella trabaja, mientras ella le sirve la comida y le lava las camisas y me les quita el polvo a los diez mil o quince mil libros que ya casi ni me caben en la casa.

Cuando me llaman por teléfono y no estoy, Teresa finge que toma los recados. Ella dice, por ejemplo, “Sí, repítame su nombre y su teléfono”, y se demora el tiempo que ella sabe que la gente se tarda para escribir un nombre y un teléfono. Pero no los escribe. Porque Teresa no sabe leer ni escribir. Es uno de los pocos defectos de Teresa: no sabe dar razones. Antes las daba bien, pues se grababa nombres y teléfonos de memoria, pero últimamente le falla la memoria, y algunas personas piensan que yo no contesto a las llamadas de gusto y que cada día me vuelvo más arrogante y más insoportable.

Todos hemos sabido siempre, en la casa, que Teresa es analfabeta. Recuerdo que hace como veinte años, cuando se puso de moda en Cuba la campaña de alfabetización, a mi papá le

entró la manía de alfabetizar a Teresa. Lo decía de vez en cuando, por las noches, o el día de año nuevo, cuando uno se siente bueno y lleno de proyectos, pero nunca lo pusimos en práctica. Era un tema vedado, era una alusión ofensiva para ella, y muchísimo más ofensiva aun para nosotros. Nos recordaba algo, nos daba un remordimiento que abarcaba el pasado, el presente y el futuro, y a nadie le gusta vivir en el remordimiento. Por eso hemos optado por una solución de mutuo engaño, de mutua mentira: ella finge que sabe leer y nosotros fingimos no saber que ella no sabe leer.

En Antioquia, donde nosotros vivimos, todos somos muy mestizos. Pero esta es una región de América que creció durante algunos siglos más o menos aislada del resto del país y del mundo, y tiene una cosa curiosa para América Latina: allí hay muchos blancos pobres y muchos negros y mestizos con plata. Eso ha hecho que la distinción de clases, entre nosotros, no sea tan racista como en otras partes de Hispanoamérica. En el caso de las muchachas de mi casa, Emma es de tipo más indígena y Teresa es muy blanca. Las nalgas de Teresa son famosas en mi casa, aunque yo nunca, por supuesto, se las haya visto. Pero como ella sufre de fiebre reumática, cada mes mi papá le tenía que poner una inyección de penicilina. Una frase recurrente de nuestro léxico familiar, era ver a mi papá volver del cuarto de las muchachas, la jeringa en una mano, alcohol y algodón en la otra, y comentar siempre lo mismo: “Las nalgas de Teresa son blanquísimas, son

mucho más blancas que las de todos nosotros.” Ahora ya no sé quién le pone las inyecciones a Teresa, o tal vez fue que los médicos cambiaron de tratamiento, porque la medicina es así: lo que fue obligatorio durante decenios para salvarte la vida, de un día para otro se vuelve caduco, superado, superfluo e inclusive mortal.

Hace una semana, poco antes de venirme a México, escribí el testamento de Teresa. Ella no está muy vieja, pero tiene una antigua afección coronaria que cuando era muy joven casi la mata; estuvo varios meses en una clínica cardiovascular, tuvieron que hacerle una operación a corazón abierto y la salvaron. Pero de un tiempo a esta parte, a veces, mientras me plancha las camisas, Teresa se pone pálida, se marea, y los bordes de las uñas se le vuelven morados. Además tiene la presión alta y no ha sido capaz de dejar de fumar ni dejar de echarle sal a la arepa del desayuno. Teresa nunca se casó. Teresa, yo pondría mi mano sobre el fuego, es virgen. Y es tan buena y tan simple que si yo creyera en el Evangelio no me cabría duda de que pertenece a esos bienaventurados que verán a Dios. Yo, por bromear, pero también porque sé que es casi cierto, cuando estoy de buen genio la llamo “Santa Teresa”. Y ella, también por bromear, y porque sabe que no es cierto, me contesta con ironía: “Dígame, santo Joaquín”. Teresa lleva tanto tiempo con nosotros que es de las pocas íntimas que sabe ese secreto tan bien guardado de que yo –en la cédula y en la infancia– me llamaba también Joaquín.

Digo que hace una semana le escribí el testamento a Teresa y fuimos juntos a llevarlo a la notaría. Últimamente Teresa tiene miedo de morir y como no tiene hijos, pero sí muchos sobrinos, no quiere que sus pocas cosas se las repartan entre ese montón de sobrinos que ella casi ni siquiera conoce. Teresa quiere que todo lo de ella les quede a sus dos sobrinos predilectos. Entre los dos, ella diciéndome lo que quería y yo redactando lo mejor posible, pusimos en el testamento lo siguiente:

“Yo, Teresa Roldán Tobón, nací en Amalfi, Antioquia, en el año de 1930, y soy hija legítima de Feliciano Roldán Roldán y Carmen Rosa Tobón Tobón. Soy soltera y no he tenido hijos. En los últimos treinta y cinco años de mi vida he trabajado como empleada doméstica de la familia Abad Faciolince, domiciliada en el barrio Laureles de esta ciudad. En estos años, gracias a mis pequeños guardados, he podido comprar una casita en el barrio Niquía, ciudad de Bello, y he reunido unos pocos ahorros que tengo en una cuenta de la corporación Conavi de esta ciudad. Recibo también una pensión de jubilada de los Seguros Sociales y sigo trabajando como empleada en la casa de la misma familia. Desde hace muchos años paso mis vacaciones y fines de semana con mi hermana Rosa y sus hijos, mis sobrinos mellizos Juan Camilo y Margarita. Como mis sobrinos viven en la casa de Niquía y han crecido a mi lado, tengo con ellos una relación muy estrecha. Deseo que, a mi muerte, sean mis dos sobrinos quienes hereden la casa

que yo compré en Bello, todos mis ahorros y todas las liquidaciones de trabajo a que tuviere derecho en el momento de mi muerte, así como todos mis muebles, ropa y objetos personales.” Luego sigue la lista de estos muebles y enseres, que ocupa si mucho tres renglones.

Emma, la cocinera, es más joven que Teresa y lleva menos tiempo trabajando en mi casa, apenas unos veintidós años. Cuando ella llegó, yo ya sabía leer bien y estaba empezando a tratar de hacer bien lo que todavía me empeño en mejorar: escribir. Emma sí sabe leer y, para ser francos, la cosa a veces no me conviene mucho. Cuando me levanto, lo primero que hago es ir hasta la puerta a recoger el periódico. Pero a veces Emma ya los ha recogido y los está leyendo. Todos tenemos nuestras manías y aunque Emma no desordena el periódico, a mí se me ocurre siempre, por dentro, muy por dentro, una idea con la que no estoy de acuerdo: que ella no tiene derecho a leer el periódico antes que yo. Como no estoy de acuerdo con esta idea que se me ocurre, jamás se lo he dicho. Pero ella debe de saberlo en el fondo, o descubrirlo en mi mirada, porque cuando me ve que me agacho a recoger el periódico y me topo con la desnuda baldosa, sale de la cocina de inmediato y me los pone en la mano. Ella sabe que yo se lo agradezco y sabe también que no me gustaría pedírselos, interrumpir su lectura ni siquiera con una frase indirecta del tipo, “Emma, por casualidad ¿no ha visto el periódico?”

Emma tiene un hijo, que tuvo hace como veintitrés años gracias a una semana de deleite y pecado extramatrimonial. Se llama Bayron, como el poeta romántico, pero escrito con A, Bayron. El hijo de Emma tiene los ojos azules a pesar de tener, en todo lo demás, el tipo indígena de su madre y por eso yo, cuando estoy de buen genio, le pregunto si también ella tuvo a Bayron con el Espíritu Santo, porque es seguro que el Espíritu Santo tiene los ojos azules. Antes Bayron venía mucho a nuestra casa y arreglaba el jardín. Pero una vez pasó, hace como tres años, que se me robó la bicicleta y unos cubiertos de plata mexicanos. Emma supo que nosotros nos habíamos dado cuenta. Nosotros no le dijimos nada, pero ella entendió que Bayron se había robado la bicicleta y los cubiertos. Nunca dijimos nada, ni ella ni nosotros, pero desde ese día Bayron no ha vuelto a la casa. El robo no era demasiado grave; yo en realidad había dejado de montar en bicicleta hacía años, y los cubiertos de plata solamente los sacábamos, por hacer alarde, cuando teníamos una visita importante, es decir nunca. A veces le preguntamos a Emma por Bayron, pero como de lejos, como de alguien que vive en Alaska y quién sabe cuándo vuelva. Bayron casi nunca tiene trabajo y no ha podido terminar el bachillerato. Pero hay una ley tácita que lo veta en nuestra casa y que hace imposible también que le busquemos trabajo, aunque nosotros podríamos encontrarle trabajo. Es una ley despiadada y eterna, que yo soy incapaz de modificar.

Hace muy poco, como les dije, nos pasamos a una casa más grande y más bonita que la de antes. Teresa tiene una casita muy modesta, en Bello, como ya les dije, en Bello, que es sin duda el pueblo menos bello de Colombia. Emma, en cambio, no tiene casa propia. Como ya no pudimos soportar la mala conciencia, le dimos plata a Emma para ayudarle a reparar el techo de su casita arrendada (estaba llena de goteras) y las escalas de la entrada, que eran en barro. Nosotros fingimos no saber que a Emma, los fines de semana, le toca dormir en el mismo espacio con sus dos hermanos, su hijo, la hermana menor y la madre de todos ellos.

Ya ven. Estas cosas se pueden escribir y se deben escribir porque así uno se da cuenta de su propia miseria. Pero no se pueden publicar. Ya saben, yo voy a llegar a Medellín este lunes y les voy a decir, hipócrita, asqueroso, con mi mejor sonrisa: “Emma, dígame, ¿qué hay de Bayron, ya consiguió trabajo?” Y Emma mentirá que va a jornalear por unos días como ayudante de un albañil. Más falso aun voy a decirle a Teresa: “Teresa, cuénteme, ¿quién me llamó mientras estuve en México?” Y Teresa también me mentirá: “Nadie, don Héctor, nadie, a usted desde hace tiempos ya no lo llama nadie”.

Esta historia tiene un Postscriptum de Samuel Beckett que dice así:

Entonces volví a casa y me puse a escribir: “es media noche; la lluvia golpea contra los vidrios de la ventana.” No era media noche. No llovía.

¿Tendré que añadir que en mi casa no hay muchachas del servicio?